

**MORÁN BLANCO, Sagrario, Lucha contra el narcotráfico en América Latina-  
Caribe: La labor de la Organización de Estados Americanos (OEA), Tirant lo  
Blanch, Valencia, 2021, 381 páginas**

Vicente Garrido Rebolledo

*Universidad Rey Juan Carlos.*

La lucha contra el narcotráfico ha sido, y sigue siendo, uno de los retos más importantes a los que se enfrentan no solo los países de América Latina y el Caribe, sino también, uno de los grandes desafíos a la seguridad global debido, principalmente, a las estrechas conexiones de ese fenómeno con la criminalidad organizada transnacional, en cualquiera de sus denominaciones. Y es que, efectivamente, como ha puesto de manifiesto la Comunidad de Policías de América (AMERIPOL, una gran red de cooperación policial contra el crimen organizado, fundada en 2007, de la que son miembros en la actualidad 30 cuerpos de policía latinoamericano-caribeños), el narcotráfico es una compleja red de actores no estatales (pandillas, mafias y actores armados al margen de la ley) con múltiples formas de interacción que les permite escapar del control de políticas de alcance puramente nacional. La economía de la droga conecta la producción, la comercialización y las finanzas en una compleja red que ignora las fronteras nacionales y está asociado a otros delitos, como el tráfico de armas no convencionales (pequeñas y ligeras), el contrabando de precursores químicos, el contrabando, la corrupción institucional o el lavado de dinero.

Es precisamente en América Latina y el Caribe en donde el tráfico de drogas constituye la principal manifestación de la criminalidad organizada. Esta región produce la totalidad de la cocaína (hoja de coca, pasta base de cocaína y clorhidrato de cocaína) que se consume a nivel mundial y posee una producción de marihuana que se extiende hacia otras regiones; además, en esta región se produce también de forma creciente amapola, elaborando opio y heroína. Como ha reconocido en varios de sus informes la CEPAL, los problemas asociados a la producción, el tráfico y consumo de drogas en América Latina afectan directamente a la calidad de vida de la población y están ligados a formas de exclusión social y debilidad institucional, generando mayor inseguridad y violencia, pero también corroyendo la gobernabilidad en algunos países. Por ello, no es

de extrañar que, en el contexto político internacional, el tema de las drogas y la lucha contra el narcotráfico haya ido adquiriendo un mayor peso y presencia progresiva y que por ello se demanden acuerdos intergubernamentales en esta materia que proporcionen una respuesta global e integrada a este fenómeno.

La Profesora Sagrario Morán Blanco (Catedrática de Relaciones Internacionales de la Universidad Rey Juan Carlos) presenta en esta monografía un análisis exhaustivo acerca de la problemática descrita y, académicamente, de forma absolutamente rigurosa, convirtiéndola en una lectura imprescindible para comprender un fenómeno tan complejo como el del narcotráfico en la región de América Latina y el Caribe.

La extensa monografía (381 páginas) se divide en dos partes bien delimitadas: una primera, dedicada a la conceptualización del narcotráfico como expresión primordial del crimen organizado en la región, sus causas y conexiones con otros delitos y consecuencias; y una segunda parte, centrada en la respuesta, en la que la Profesora Morán analiza los diferentes marcos, estatal, interestatal, multilateral y hemisférico, este último, a través de la acción de la Organización de Estados Americanos (OEA).

En la primera parte la Profesora Sagrario Morán comienza realizando una delimitación del concepto de crimen organizado y sus características más sobresalientes en el espacio latinoamericano-caribeño, así como los factores sustanciales que lo fomentan. Nos advierte la autora acerca de la dificultad a la hora de encontrar una definición precisa del concepto, ya que se trata de una “cuestión bastante compleja puesto que a la dificultad que entraña la labor de definir este fenómeno en el plano internacional habría que sumar, asimismo, que no existe una definición uniforme en los ordenamientos jurídicos internos” (p. 36). Además, esa tarea es aún más ardua en América Latina y el Caribe debido a la convivencia habitual de la delincuencia común y la organizada, aunque ello no exime a la autora de establecer una taxonomía de ambos conceptos en función de sus características, entre las que destaca, en primer lugar, el carácter transnacional del crimen organizado. Por ello, la Profesora Morán aconseja ya desde las primeras páginas de la monografía y debido a la importancia que tiene el crimen organizado en toda la región “destinar algunos esfuerzos políticos y normativos para categorizar este fenómeno y, sobre todo, para determinar con la mayor precisión posible aquellos comportamientos y actividades, entre los cuales se encuentra el narcotráfico, que deberían estar siempre contemplados dentro de esta figura delictiva”

(p. 43). Además, una serie de factores sustanciales y estructurales fomentan, de forma especial el narcotráfico en América Latina y el Caribe; entre los segundos, la autora destaca la pobreza, la desigualdad y el contexto socioeconómico o la debilidad de las instituciones estatales, dos realidades que se retroalimentan mutuamente porque “la fragilidad institucional favorece el desarrollo de la criminalidad organizada y ésta propende a la progresiva debilidad de los Estados” (p. 60).

Continúa esta primera parte con un análisis exhaustivo acerca de la evolución del narcotráfico en la región destacando sus aspectos más sobresalientes (pp. 62-101), y en los que se destaca la simbiosis existente entre los grupos delictivos organizados involucrados en el tráfico de drogas con otros actos delictivos, como el tráfico de migrantes y la trata de personas, el tráfico de armas y el contrabando de otros productos ilegales. Desde nuestro punto de vista, resulta muy útil la información y datos precisos aportados por la Profesora Morán acerca de la producción, las rutas de tránsito (destacando el caso de México en el acopio y distribución de narcóticos y el papel de los diferentes cárteles), el mercado de drogas y su consumo (con un crecimiento sustancial en la región en las últimas décadas, especialmente en Brasil, Chile y Argentina), el negocio lucrativo que representa el narcotráfico para productores, transportistas y distribuidores (lo que explica la dificultad para su erradicación) y las ramificaciones y actividades ilícitas del narcotráfico (a través, por ejemplo, del fenómeno de las maras).

Tiene también un gran interés el estudio acerca de las consecuencias del narcotráfico en el espacio latinoamericano-caribeño (pp. 102-117), en el que se incide de forma especial en los costes políticos, económicos, sociales y hasta medioambientales del problema para los Estados. Además, la autora presenta a la corrupción como una consecuencia habitual del narcotráfico (pp. 117-126). Y cierra esta primera parte unas acertadas reflexiones acerca de la relación existente entre la violencia e inseguridad ciudadana con el narcotráfico y la proliferación y actuación de las maras en Latinoamérica (pp. 126-167); el estudio, de nuevo muy exhaustivo, utiliza una gran cantidad de fuentes, proporcionando datos contundentes y muy preocupantes acerca de los homicidios, la violencia, el tráfico de drogas en la región y en cada uno de los Estados, especialmente en Brasil (donde se ha producido en los últimos años un incremento exponencial de la violencia), El Salvador, Guatemala y Honduras (para el caso del estudio de las maras o pandillas juveniles, como fenómeno singular de la

criminalidad, en las que niños y adolescentes son reclutados para la realización de diversas funciones). En nuestra opinión, el enfoque global y multidisciplinar de esta primera parte de la monografía (que ya de por sí habría tenido la suficiente extensión para cerrar un volumen con entidad propia) constituye todo un acierto y es lo que le otorga un carácter metodológico propio de la disciplina científica de las Relaciones Internacionales.

Una vez definido el problema y las derivadas del narcotráfico en América Latina y el Caribe, la segunda parte de la monografía se centra en las respuestas proporcionadas por los diferentes actores implicados, comenzando por el ámbito estatal (pp. 172-228), en el que se examinan las políticas nacionales de los Estados a la inseguridad, la violencia y el narcotráfico (medidas de control y represión que han primado y que, de hecho, todavía prevalecen en la región, entre ellas, “la progresiva militarización de las Fuerzas de Seguridad del Estado y la implicación del Ejército en materia de seguridad ciudadana; o el endurecimiento de la vía penal con la aplicación de nuevos tipos penales como, por ejemplo, la asociación ilícita o pertenencia a organización criminal”, p. 170). Los resultados de la aplicación de esas políticas (“de mano dura”), han resultado nefastos, en opinión de la autora.

En segundo lugar, la Profesora Morán se ocupa de la cooperación interestatal y multilateral (en tiempos, en los que precisamente, el multilateralismo, como sistema internacional fundado en principios, normas y valores compartidos, está siendo cuestionado, e incluso combatido) en materia de lucha contra el narcotráfico, absolutamente necesaria, puesto que es difícil poner fin a este fenómeno únicamente a través de políticas y medidas de carácter puramente nacional (pp. 213-260). Para abordar esa cuestión se aplican cuatro niveles de análisis: el interestatal entre los Estados latinoamericanos y otros extra regionales; la implantación de planes específicos para luchar contra el narcotráfico; la cooperación en el seno de los esquemas de integración latinoamericanos y la Comunidad Iberoamericana de Naciones; y, por último, la cooperación entre América Latina y otras regiones del mundo. La autora coincide con las conclusiones a las que llega la UNODC en su Informe Mundial sobre Drogas de 2019, al subrayar que “la necesidad de ampliar la cooperación internacional para promover respuestas equilibradas e integradas en materia de salud y justicia penal a

la oferta y la demanda de drogas” (p. 256), especialmente en la región de América Latina y el Caribe.

Finalmente, la autora se ocupa de la cooperación contra el narcotráfico en el ámbito hemisférico, no pudiendo faltar aquí el análisis de la labor fundamental desempeñada por la Organización de Estados Americanos (OEA), magistralmente “diseccionada” por la Profesora Morán a través de un estudio exhaustivo de las acciones y políticas adoptadas por la Organización y las principales manifestaciones del crimen organizado vinculadas al narcotráfico y que la autora divide en tres etapas (pp. 261-331): primera (1994-2005), segunda (2006-2015) y tercera (2016-2020). De nuevo aquí se evidencia el carácter metodológico propio de la disciplina de las Relaciones Internacionales cuando la autora aborda, dentro de la segunda etapa, el “cambio de paradigma en la lucha contra el narcotráfico, que comprende la despenalización del consumo personal y el cultivo del cannabis” (pp. 290-299), pero que en lo que se refiere a la despenalización del consumo de ciertas drogas, propuesta por algunos miembros de la OEA, “no ha generado, sin embargo, un amplio consenso a nivel regional”, pese a que “dicha opción ya ha sido adoptada por 12 países del hemisferio” y, por ello, debería “estar bajo consideración seria como opción para aquellos que no lo han hecho” (pp. 328-330).

No se olvida la autora de incluir en la monografía un apartado específico acerca de la labor de la OEA en la lucha contra algunas manifestaciones del crimen organizado vinculadas al narcotráfico, en las que incluye la trata de personas, el lavado de activos, el tráfico ilícito de armas y un asunto de tanta actualidad como la ciberdelincuencia (pp. 331-362). Ciertamente, como señala la Profesora Morán, “la globalización de la información y la aparición de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) ofrecen nuevas oportunidades a los traficantes de droga” (p. 353), especialmente en América Latina, “en dónde el acceso a las nuevas TIC ha favorecido también que proliferen el cibercrimen de forma significativa y que algunos países, como Brasil o México, más expuestos a este tipo de delito y al narcotráfico, carezcan de una preparación adecuada para hacer frente a los ciberataques, como lo señalan los últimos informes de Ciberseguridad” (p. 354).

En sus conclusiones, la Profesora Morán destaca, de forma sincera y realista que “habría que preservar el enfoque hemisférico del problema de las drogas prestando la

debida atención a las singularidades de cada uno de los países de la región y, también, a los diversos componentes que integran este problema” (p. 369), pero la erradicación del tráfico ilícito de drogas y el fin de los comportamientos delictivos que implica el narcotráfico en la región latinoamericana-caribeña “no es solo una cuestión de aplicación de medidas policiales o de activar mecanismos de carácter judicial, sino que supone, también, abordar problemas de fondo, económicos, políticos y culturales en el área de riesgo, que favorezcan el fin de la impunidad” (p. 374).

Por todo lo aquí indicado, se trata de una monografía rigurosa, que demuestra la madurez investigadora de la Profesora Sagrario Morán y que, sin huir de proporcionar algunos juicios de valor, adopta una posición imparcial y objetiva con respecto a los éxitos y fracasos hasta ahora conseguidos en la lucha contra el narcotráfico en América Latina y el Caribe. Se trata pues, de una lectura imprescindible, tanto para aquellas personas que se acerquen por vez primera a la problemática del narcotráfico y sus consecuencias para la región latinoamericana-caribeña, como para los académicos y especialistas que deseen profundizar en el conocimiento de este asunto mediante un análisis sólido y plagado de detalles, que combina magistralmente los aspectos conceptuales del problema con la práctica estatal e internacional y sus consecuencias políticas, jurídicas y socio-económicas.